

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

LAMENTACION DEL MELANCOLICO

I.
No alegra la Sabiduría,
porque la pena es conocer
y causa la melancolía
nuestra sola razón de ser.

El prurito de analizar
nos ha perdido
y el huracán del anhelo
lanzando nuestra nave en el Mar
Desconocido.....

En la actitud del que ya nada espera
nos embriagamos de teorías vagas,
soñando hacer brotar la Primavera
de la infección de nuestras propias
(lagas!.....)

Señor, contra tu Ley pecado habemos
y, en vez del alma dulce que nos diste,
en el día final te ofreceremos
un corazón leproso, viejo y triste!

II.
Dulce Jesús, comprendo; toda sabiduría
(dura)
que de tí nos aleja causa nuestra amar-
(gura)

y nuestras alas débiles, sobre la tierra
(obscura),
se agitan vanamente hacia el eterno
(día!)

Nuestra mentira, nuestra verdad:
(tantas ironías,
ante el amor que pasa y el dolor que
(perdura)
hasta venir la Reina cuya región son-
(bria)
empieza donde acaba, todo lo que no
(dura!)

Yo también como tú, por piedades
(divinas),
tengo mi cruz y tengo mi corona de
(espiñes),
una sed infinita que mitigar no puedo.

Y como tú, sollozo, Jesús crucificado:
Padre Mío; por qué me habéis aban-
(nado?.....)
sufro tanto... estoy solo, Señor... y
(tengo miedo!)

Medardo Angel SILVA.

EL SALMO DE LA VIDA ESPIRITUAL

No me digáis en tristes estancias
que la vida es únicamente un sueño
inútil, que el alma dormida es alma
muerta y que las cosas no son lo que
parecen.

La vida es real, la vida es seria
y la tumba no es un término!
No se refiere al alma lo de polvo
eres y polvo serás.

Nuestra ruta, trazada por el des-
tino, no es sendero de alegría o de
tristeza, sino camino donde la lucha
ha de fortalecernos. Debemos ama-
near con más valor cada día.....

El arte dura, el tiempo vuela, y
nuestro corazón, aunque fuerte y va-
lioso, se parece a un tambor con ne-
gros crepantes tocando fúnebre
marcha y acompañándonos a la sepul-
tura.

En el mismo campo de batalla, en
el vivar de la vida, no permanecéis
mudos como ganado que se deja con-
ducir.

¡Héroe, levántate y lucha! No con-
fíes sólo en el porvenir, por agrada-
ble y risueño que te parezca.

Que el pasado fenecido entierre su
muerto.

Movéos, movéos en el presente.
Elevad los corazones y que Dios os
guíe. La vida de los grandes hom-
bres debe ser nuestro destino. De es-
te modo, al morir, dejaremos algu-
na huella en la arena de la vida. Y
otro ser, perdido en la inmensidad
quizás, encontrará estas señales que
sirvan para darle valor.

R. W. LONGFELLOW.

ALMA

Hablando a media voz—sin que nadie la entienda—
Alma, la dolorosa virgen, vapor la senda....
Tiene los bucles rubios, las pupilas azules,
y es casi una ilusión hecha de finos tules.
Va con los ojos muertos.... Ajos en el Destino....
Un mal aristocrático su belleza extenua.
Se aleja como un símbolo por el viejo camino
donde cae en monótona vaguedad la garúa.
Un mal aristocrático su belleza extenua....
Espiritualizada, femenina, exquisita,
con las miradas húmedas de emoción infinita,
Alma, la dolorosa, huella su triste vía
con temblores de nervios y sudor de agonía....
La pobre tiene un gesto de perdón para todo.
Santificó su vida con celestes martirios;
y de éste fango humano de miseria y de lodo
ella resurge intacta, con su veste de lirios!
Alma sueña.... Se aleja como una distraída
haciendo un gesto irónico de cansancio a la Vida.
Y en éxtasis supremo, huella la triste vía
con temblores de nervios y sudor de agonía....

José María EGAS M.

EL PEREGRINO

(Inédito)

Soy un pobre peregrino
Que arrastrado sin cesar
Por la fuerza del destino,
Un instante, en su camino,
Se detiene a respirar.

Lejos se halla el patrio suelo
Do no he de volver jamás;
Y aquellos ojos de cielo,
Que eran mi dulce consuelo,
Ya no he de mirarlos más.

Pasó juventud florida
Con mi amor primavera;
Pasó mi madre querida,
Dejando en mi alma herida
Un bálsamo celestial;

Y para aliviar mi pena,
Para mi pena aliviar,
En esta playa serena,
Versos escribo en la arena,
Que el viento se ha de llevar.

II.

El tiempo, con raudas alas,
Mi memoria borrará;
En las regias antesalas,
Ni entre sencillas zagalas,
Mi nombre no sonará.

En esta mi suerte brasea,
No he tratado de alcanzar
La gloria que al vulgo ofusca;
Sólo el peregrino busca
Sepulcro de descansar.

Mas al quejido y retumbo
De olas que vienen y van
Dando tumultuoso trueno;
Antes de seguir mi rumbo,
Como ellas, en rudo afán....

¡Ay, para aliviar mi pena,
Para mi pena aliviar,
En esta playa serena,
Versos escribo en la arena,
Que el viento se ha de llevar.

Carlos Rendón PEREZ.

EL TESORO DE JUDAS

Subían a Jerusalén como un va-
loroso ejército desordenado. El Jefe
iba meditando. Sus pies leves, limpi-
dos como peladillas de arroyo. Por la
majestuosa curvatura de sus es-
paldas resbalaba cadenciosamente la
ensortijada bermejez de su flotante
y alargada cabellera.... Eran más
de trece. De trecho en trecho inte-
rumpían temerosos el paso sobreco-
gidos por un amenazante presen-
timiento.

Los últimos prosélitos seguían, se-
guían a Jerusalén la calzada sorda,
arrastrados quizá por el rumor leja-
no de la divina promesa, besando de-
votamente las impalpables huellas
del anunciado Rabí que conducían
al reino de Dios.

Dejaban muy atrás las azuladas ci-
mas del Carmelo. Se detuvieron.

Una mujer venida de muy lejos les
saló al encuentro. Se llegó, se arro-
dilló, besó la blanca vestidura del
Maestro y le adoró. Jesús la bendijo.

Era la esposa de Zebedeo:
—Señor! di que se sienten estos
dos hijos míos: el uno a tu mano de-
recha, el otro a tu izquierda en tu
reino!.....

Jesús le presentó su copa de amara-
gura. Los dos hijos de Salomé la acep-
taron y luego los otros, no sin me-
near dudosamente la cabeza. Se acer-
caban a Jerico.

Pedro dijo entonces:
—Maestro, tenemos hambre. Bue-
no será que al pie de esta higuera
nos sentemos y nos restituáysenos al-
go. La tarde avanza. Tal ver en

NUESTROS POETAS



JOSE MARIA EGAS

El penetrante acento de confiden-
cia en voz baja; la vaguedad melan-
cólica; el balbuceo musical y tierno
que de huerfano; la "sol-
edad sonora" de fuentes florosas, en
compañía de jazmines moribundos y
azucenas que agitan en el águila de
sus varas sus incensarios de alaba-
stro; y todo bajo la luna huda—nu-
drina en una decoración férica para
el éxtasis de infinito que auspacia
Beethoven o la exaltación sollozante
de Chopin y Shumann; las divaga-
ciones sentimentales que motivan los
antos crepusculares saturados de an-
tico perfume, de recuerdos: aquello
es la lírica de este poeta desposado
con la Melancolía y habitual morador
de los jardines lunados de Juan Ru-
nón, el de las Arias Tristes.

Cuando todos éramos parladores mi-
ros en las selvas alineadas de Leau-
remont, paseantes en las campiñas
de la maledicencia de Arthur Rimbaud
o Jbanos, viajeros extraviados, ebrios
de un maligno licor de hechicería por
las tenebrosas landas de Rollinat;
mando, con infantil audacia, tenia-
mos esculpidos en nuestros líricos bla-
sones, no el jupiterino cisne vagneria-
no y rubeniano, sino el agorero pá-
jaro de la noche cuyo inaudita pala-
bra: oyera el vidente yankee de
"Annabel Lee"; José María Egas
M. era ya el hurfano morador de la
ebúrnea torre y componía poemas bre-
ves que centuplicaban su intensidad
emotiva, delicados ramilletes de ri-
mas en que las palabras de vagarosas
resonancias tenían la ternura susu-
rante de un párrafo de Schubert a la
sordina.

Al elegir nuestros líricos patronos,
puso el su espíritu melódico bajo la
advocación del elegiaco efeto de La-
berinto, del Jiménez de la primera
época, del arrullador músico de "Ni-
ñitas" y "Poemas Mágicos y Dolien-
tes". Y le ha permanecido fiel.

Juan d' AGREVE.

la ciudad no podamos comer nada.
Jesús dijo:

—Preciso es. Comed ahora mismo pa-
ra que estéis preparados.

Y volviéndose a Judas Iscariote:
—Estos quieren comer.

Judas retrocedió sorprendido:
—Señor; estamos vacíos; que se
vuelvan a sus hogares.

—¿Cómo! ¡ni un denario?
—Ni un denario!

Los demás admirados decían en voz
baja:

—¿Cómo puede ser! ¿Qué se hi-
cieron las limosnas de Jairo, de Si-
món el Leproso, de Zaqueo?... ¿To-
do se lo ha ocultado!.....

Mirándole Jesús compasivamente:
—Mucho te cuesta, amigo. En ver-
dad te digo que has llenado ya....

Es basta.

—En dónde Señor? Lejos de mí
toda clase de usurpación. ¡No me
falta lo mismo que a los demás!; No
dejé en mi casa, mi hacienda por se-
guirte, como éstos?

—Cállate, discípulo malo. Sirvete
de ello hasta poco tiempo. Ganarás
más, pero a costa de la sangre ino-
cente. Después, lo dejarás todo en el
mismo sitio.

Atento sólo a su interior concierto,
en una como extática embriaguez de
sí mismo; torturando la forma, siem-
pre más aérea, más imponderable y
acurrida, para expresar inefables
matrices de sensaciones y refinamien-
tos del pensar; Hamlet lírico,—sin la
aere amargura y la corrosiva ironía,
del formidable "caso" de la clínica
shakespeareana—absorto en devanar
los hilos de paciente auto-análisis,
José María es, en nuestro coro poéti-
co, el hermano menor, el triste, el
recoigido, que si entebra los labios
pálidos es para confidenciarnos su
queja melódica.

No el Tabor centelleante de Hugo,
ni las fabulosas montañas de oro del
repletaente egregio; tampoco la sel-
va sonora en perpetuo parto de ma-
ravillas, por donde el ojo absorto ve,
en zigzagante galope, el desmele-
nado Pegaso del Rudyard Kipling del
Sur, Chocano porta-voz del ardiente
corazón de América; su reino es un
parque pequeño, poblado de som-
bras de almas, por do divaga la
del poeta, como un ruiseñor, o más
bien, como una mariposa colecciona-
da de miel y tan blanca y tan fina que se
diría un pétalo caído de la luna azu-
cena.

El no hará congregar las muehe-
dumbres bajo sus líricos gonfalones,
ni acompañará con el arrebatado ar-
monio de sus trompetas el desfile glo-
rioso de la Raza: solitario y recoigido,
como la flor nocturna amadora
del pálido naciente de Tanit, indife-
rente al ruido del boulevard, seguri-
bilando en su telar de ensueños, ma-
ravillosos encajes de rimas, y su voz
se oirá siempre, cada vez más pura,
más fina, como la vibración de una
berceuse del poeta músico de los No-
cturnos, en una sucesión temblorosa
de lágrimas....

Corrió y más corrió, huyendo de sí
mismo, sin poder apartar de sí el do-
loroso estruendo de martillazos, gol-
pes, asonadas, murmullos de gente
concrenada y colérica; todo el trá-
gico drama del Calvario estallaba en
su empudernida sensibilidad y le aho-
gaba. León horrible y desmelenado,
miraba, miraba doquier con espanto,
con fúnebre fobia; quería gritar, oír-
tar más adentro la mordiente acusa-
ción del presente y porvenir que le
constreñía, cual serpiente turpísima,
enrojeciéndole al infinito espejismo
de su visual.

Divisó un punto. Era un arroyo
lleno de piedras, seco, mustio como
hogar vacío. Tenía su historia y su
leyenda el torrente de Cedrón. Cuan-
do un profeta pasaba por allí, los san-
cedales fronterizos le brindaban des-
canso. Músicos y salmistas colgaron
salterios, tiorbas y panderos en la
inquietud de sus intrínsecas ramas.
Pero todo había pasado. La poesía
original se esfumaba de esos floridos
arraigados. Ya no se conmovían las
graciosas gálibas de amor y piedad,
cuando salían a recibir a sus aman-
tes con ramas de romero, terebinto y
óleo de Betania. Solo un árbol de ei-
pí se levantaba más alto en el tor-
tuoso sitio, cercando la pavorosa
agrestez del barranco. Y allí la enor-
me piedra filosofal.

—¿Alí colgó Iscariote su horea!
Nadie! nadie! Y él veía al Inocente

era la tarde de la cena.
Jesús en pie delante de los Doce,
les dijo:

—Uno de vosotros me entregará.
Que coma, no obstante, conmigo!..

—¿Por ventura yo soy?

Una de estas medrosas preguntas
saló de labios impuros.

—Tú lo has dicho!.... ¿Dónde
está tu tesoro está tu corazón?..

—Dónde está?

—Sal de aquí, deja la ciudad, pa-
sa el torrente de Cedrón donde Da-
vid, perseguido por su hijo, se aga-
chó a tomar agua, sigue veinte pasos
a la derecha y mete la mano debajo
de la gran piedra que tapia la declive
del barranco. ¡Avíate!....

El Traidor obedeció. Los once lea-
les entonaron el Himno de acción de
gracias para salir.

Judas Iscariote debía ser apóstol,
sacerdote y mártir. Elegido como lo
demás al pie de un frondoso higue-
ral. Cuando los primeros discípulos
se ocultaban avergonzados del alado
Israelita soslayado en la silvestre al-
fombra y se decía: Nathanael, ven
sigueme!—estaba en la preciosa
edad, cuando el genio o la virtud eran-
ban los dos extremos de predomi-
nancia entre las muchedumbres: el
poder y la abnegación. Alguno ha di-
cho que era hermoso y joven y tenía
asomos de parecido con Juan de Pa-
lamos, efeto hebreo que oyó los amoro-
sos lauros del Salvador pecho a pe-
cho. Hombre de ingenio y astucia,
tenía estas dos armas para fortificar
partidos y sostener banderas enar-
boladas.

En el caso de Pedro—quien no pu-
do contestar al malicioso burgués
judío que le aturullaba a preguntas
—él no se hubiera atemorizado de
confesar con engañada resolución:

—Lo conozco; juzgádm a mí tan-
bién. Se hubiera unido en el Cenácu-
lo a perseverar orando, ayunando
hasta la venida del Santo Espíritu,
exhortado a neófitos y gentiles, recibi-
do el don de lenguas y siguiendo en
elocuencia y valor a Pablo de Dama-
sco, penetrando en el Areópago, en Si-
nagogas, sahedrines y fastuosos pa-
lacios, escogido el Asia a la Europa—
talvez la Oceanía desconocida enton-
ces—para la evangelización dejado
la milagrosa huella de su pie en una
piedra con testimonio de su llegada
inmemorial, convirtiendo a la fe con
solo la resonancia remota de su ver-
bo, a miles de miles. Habrían segui-
do tres o cuatro añicos la inusita-
da fulguración de su desfile por el
mundo hasta una isla, una cueva y
allí cavándole la fosa, llevándose des-
pués con veneración jirones de su ál-
bea vestidura y las polvosas sandalias
de viaje.

Después de algunas décadas de
tiempos los creyentes hubieran invo-
cado a San Judas Iscariote. Pero no
fue así. Judas dió el beso de traición
en la faz pudibunda del Profeta y el
lobo atrapó al Cordero en la desolada
oscuridad del bosque de Gethsemani.

Al día siguiente, el Traidor arre-
pentido, desesperado, corrido de su
flagrante atentado corrió a Hanán y
los sacerdotes y les devolvió el dine-
ro. Lo rechazaron. El, por toda con-
solación, arrojó en el pavimento del
Templo.

A dónde ir? ¿Qué hacer? Hasta
Tsilla, su hechicera salumita, le ha-
bía abandonado, llevándose todo.
Expulsado, castigado brutalmente por
sus favorecedores, el mundo mis-
mo de piedras y ruinas le empujaba
.... ¿A dónde?....

Corrió y más corrió, huyendo de sí
mismo, sin poder apartar de sí el do-
loroso estruendo de martillazos, gol-
pes, asonadas, murmullos de gente
concrenada y colérica; todo el trá-
gico drama del Calvario estallaba en
su empudernida sensibilidad y le aho-
gaba. León horrible y desmelenado,
miraba, miraba doquier con espanto,
con fúnebre fobia; quería gritar, oír-
tar más adentro la mordiente acusa-
ción del presente y porvenir que le
constreñía, cual serpiente turpísima,
enrojeciéndole al infinito espejismo
de su visual.

Divisó un punto. Era un arroyo
lleno de piedras, seco, mustio como
hogar vacío. Tenía su historia y su
leyenda el torrente de Cedrón. Cuan-
do un profeta pasaba por allí, los san-
cedales fronterizos le brindaban des-
canso. Músicos y salmistas colgaron
salterios, tiorbas y panderos en la
inquietud de sus intrínsecas ramas.
Pero todo había pasado. La poesía
original se esfumaba de esos floridos
arraigados. Ya no se conmovían las
graciosas gálibas de amor y piedad,
cuando salían a recibir a sus aman-
tes con ramas de romero, terebinto y
óleo de Betania. Solo un árbol de ei-
pí se levantaba más alto en el tor-
tuoso sitio, cercando la pavorosa
agrestez del barranco. Y allí la enor-
me piedra filosofal.

—¿Alí colgó Iscariote su horea!
Nadie! nadie! Y él veía al Inocente

era la tarde de la cena.
Jesús en pie delante de los Doce,
les dijo:

En elogio del Ilmo. Sr. Obispo de Córdoba

FR. MAMERTO ESQUIU, O. M.

Un bálsamo que era como un tallo de lirios,
una vida en cilicios de adorables martirios,
un blanco horror de Becebú,
un salterio celeste de vírgenes y santos,
un cáliz de virtudes y una copa de cantos,
tal era Fray Mamerto Esquiú.

Con su mano sagrada fué a recoger estrellas.
Antes cansó su planta, dejando angustias huellas,
feliz Pastor de su país;
ahora corta del Padre las sacras azucenas;
sobre esta tierra amarga coge a manos llenas
las florecillas del de Asís.

¡Oh luminosas Pascuas! ¡Oh Santa Epiñanía!
¡Salvete fiores martyrum!, canta el clarín del día
con voz de bronce y de cristal:
sobre la tierra grata brota el agua divina,
la rosa de la gracia su púrpura culmina
sobre el cayado pastoral.

Crisóstomo le anima, Jerónimo le doma;
su espíritu era un águila con ojos de paloma,
su verbo es una flor.

Y aquel maravilloso poeta, San Francisco,
las voces enseñó que encantó a su apriço
en las praderas del Señor.

Tal cual la Biblia dice con cumbalo sonoro
a Dios daba sus loas. Formó su santo coro
de Fe, Esperanza y Caridad:
trompetas argentinas dicen sus ideales,
y su órgano vibrante tenía dos pedales,
y eran el Bien y la Verdad.

Trompetas argentinas claman su triunfo ahora;
trompetas argentinas de heraldos de la aurora
que anuncian el día del altar,
cuando la hostia, esa virgen, y ese mártir, el cirio,
ante su imagen digan el místico martirio
en que el Cordero ha de balar.

Llegaron a su mente hierosolimitana,
la erisefantina divinidad pagana,
las dulces musas de Helicón;
y él se ajustó a los números severos y apostólicos,
y en su sermón se escuchan los sonos melancólicos
de los salterios de Sión.

Yo, que la verbeniana zampaña toco a veces,
bajo los verdes mirlos o bajo los cipreses,
canto hoy tan sacra luz;
en el mármoleo plinto cincelo mi epigrama,
y bajo el ala inmensa de la divina Fama
¡grabo una rosa y una Cruz!

RUBEN DAZ.

humillado, escarnecido, escupido.
Era el momento supremo, presentido
por el desquehincamiento de los orbes
y de los elementos. Se decidió.

Empero, antes de echarse al cuello
la cuerda mortal, con mano trémula
y calenturienta, el avaro discípulo
alzó lentamente la piedra del escon-
dite. Registró, ahondó el sitio y en
inexplicable asombro suyo, el caudal
robado por la infame Tsilla estaba
todo allí.

—¡Infeliz de mí! ¡Todo, todo aquí!
aunque es en vano, en vano!.. Non
est Deus! Non est Deus!....

Hundióse el tesoro con horrído es-
trépito, conmoviendo Sión, Roma y
todas las naciones que menosprecia-
ron la Redención.

—¡Maldición! Maldición! Aquel
que hallare esto será como yo Judas
Iscariote, discípulo del Justo!.....

Siglos más tarde, cuando estaba
medio mundo evangelizado, pero la
oración y la comida en común se ob-
servaba en los claustros, cruzaba el
torrente de Cedrón una comitiva de
erizados. Extraviados o cansados sa-
lián quizá de la Ciudad Santa muy
avanzada la noche, tropezando por las
calladas encañizadas. Tocaron en ese
punto para reunirse. De súbito un
extremecimiento colosal les estiró los
nervios. Cabe un árbol caliginoso y
escueto acodado en el dorso de una

deforme piedra se oía un muer-
traño. Pávidos, hebetados de
sa querían ver, oír en las
dades veladas por los siglos.
de cadenas, golpes descarnados,
cosa que se golpeaba con casc
metálicos. Y un eco apenas
do por un suspiro, indistinto
fondo soplando desde el abismo.
—¡Cavado aquí! No dejes
de Judas.

Los cruzados se pusieron a
blar y apresuraron el escape.
ellos no pudo hacerlo. Se le
dian, como si lo asieran forzado
por detrás. Con el valor y el
de aquellos caballerescos tiempos
campeón protestó:

—¡Déjame, condenado! ¡No
me detienes!
—¿La voz dispuso:
—¡No protestes, llevátele
—No puedo, no puedo!
—Obedece, o te mato al instante.
No se sabe si el temor a la
o al diabólico incentivo de la
trabajo en el valeroso cruzado
cierto es que aceptó el hallazgo
buen talante, multiplicando la
vor de sus intenciones.
sobre que pasando de mano en
ha llegado con eñaciones inen-
a caer en las arcas sin fondo
curas de nuestros prosaicos

DE LA CONDESA DE NOAILLES
La Condesa de Noailles es una de las más grandes poetisas francesas
de hoy. Su inspiración desbordante y cálida, su sencillez elegante y
encantador desenfado le consagraron el más bello y admirable espíritu
menino de la Francia contemporánea.

El poema que damos hoy a nuestros lectores, inédito en castellano,
es una hermosa muestra del número de esta Condesa que es Infancia de
Reino de las Letras.

VE A REZAR A SAN MARCOS

Ve a rezar a San Marcos. Mosaicos y vitrales
tienen fulgor de gemas y tapices de Oriente.
Este palacio guarda, de años inmemoriales,
perfumado de incienso, todo anhelo ferviente.
Ve a rezar a San Marcos. El Dios de la Escritura
cruza, abiertos los brazos, paraísos de aromas.
Se oye alejarse al barco que a las islas amura
y al cañón de las doe, un temblor de palomas.
Templo hermoso, cuán cálida es tu gracia incitante!
Jardín de laxitudes. ¡Oh puerta del Oriente!
Cortesana del griego, sultana agonizante,
bajo el azul desfalleciente
eres cual espaldado y rutilo turbante!
Unes perfumes de ámbar a una exótica gracia,
y herida por palomas tu existencia decae,
como en las playas igneas de los mares del Asia
la Basílica, — túmulo de Santa Pasifae!

Condesa MATHIEU DE NOAILLES